

HUMANISMO Y ANTIHUMANISMO¹

Mauricio Lugo Vázquez

El humanismo consiste en querer cambiar el sistema ideológico sin tocar la institución; el reformismo, en cambiar la institución sin tocar el sistema ideológico. Por el contrario, la acción revolucionaria se define como un quebrantamiento simultáneo de la conciencia y de la institución; lo cual supone un ataque a las relaciones de poder de las que son instrumento y armadura.

Foucault

Todos y cada uno de los artículos reunidos en el libro *Humanismo en el umbral del tercer milenio* son de una calidad excepcional. Cada uno, a su manera, nos permite abordar el tema del humanismo desde muy distintos y variados ángulos. Ya se trate ahora de la precisión del concepto; ya se busque más bien mostrar el suelo histórico en el que reaparece el término, o ya se intente problematizar la noción misma de humanismo, el presente texto ofrece al estudio del tema una oportunidad excelente para ahondar en el mismo.

Dada la riqueza y densidad de contenido de cada uno de los artículos se me presentaban dos alternativas en la presentación del libro: hacer un comentario general sobre el texto —bajo el consabido riesgo de ser poco profundo en el análisis—, o tomar uno de los artículos e intentar un estudio más minucioso del mis-

¹ El presente ensayo fue escrito con motivo de la presentación del libro *Humanismo en el umbral del tercer milenio*, coedición de Editorial Santillana y la Universidad del Tepeyac. El libro reúne los trabajos expuestos en la Universidad del Tepeyac, durante la “Jornada de Reflexión Filosófica” organizada con motivo del advenimiento del Tercer Milenio y del 25 aniversario de la Universidad del Tepeyac.

mo, lo que implicaba, claro está, perder de vista la visión de conjunto. Por razones de tiempo, por la manera en la que estoy acostumbrado a trabajar, he optado por la segunda opción. Así que me abocaté al análisis del artículo “Humanismo, antihumanismo y utopía” de Yolanda Angulo.

He elegido este artículo porque aborda un tema, a mi parecer, de vital importancia al interior de la reflexión filosófica contemporánea: la polémica humanismo-antihumanismo; porque además en su tratamiento la autora no cae en la trampa de las críticas al antihumanismo pueriles, superficiales e incluso infantiles con las que ha sido tratado regularmente; y, por último, he elegido este artículo por una simple cuestión de gusto: fue el artículo que más me gustó.

En su ensayo la autora nos recuerda que la palabra humanismo “ha recorrido un largo camino, ha navegado en muchas aguas y jugado en muchos juegos”. Ciertamente, a lo largo de la historia la palabra humanismo ha tenido múltiples significaciones, ha estado inscripto en diversos contextos históricos y ha sido el parapeto de las más variadas prácticas.

Baste recordar, por ejemplo, como en la época antigua la palabra *humanitas* está estrechamente vinculada con la *paideia* griega e inmersa, por consiguiente, en una práctica educativa. Por cierto, es Cicerón el que emplea el término *humanitas* para designar la *paideia* griega. La palabra *paideia* define asimismo un espacio cultural en cuyo interior la ciudadanía es heredera de un patrimonio de valores éticos e intelectuales.

Si contraponemos la manera como Homero y Platón conciben la práctica educativa, se pone de manifiesto que mientras que Homero opta por una pedagogía del ejemplo, en Platón, por el contrario, la *paideia* es sustancialmente dialéctica; esto es, tiene como fin engendrar a lo humano a través del diálogo. Pero en Platón la *paideia* siempre mira en dirección del *Agathos*, es decir, del Bien supremo. La *paideia* adquiere, por tanto, un contenido inexorablemente moral que la va acompañar mucho más allá de sus límites históricos, como bien apunta Nietzsche, en el trasfondo de todas las empresas y construcciones que la cultura occidental ha realizado prevalece siempre el punto de vista moral.

Ahora bien, no es sino hasta la época del Renacimiento que el humanismo como movimiento ideológico adquiere su mayor esplendor y significación. El escenario en el que aparece es el de las luchas contra el feudalismo, el oscurantismo y las concepciones teológicas del medievo.

La palabra humanismo durante los siglos XV y XVI tiene una doble connotación: por un lado, con ella se nombra al estudioso de los textos clásicos, tanto griegos como latinos; por el otro, humanista era también aquél que se daba a la tarea de regenerar, vía la educación, a la humanidad a la que consideraba desorientada, corrompida, a punto de perdición.

Pero, en general, los humanistas del Renacimiento proclamaron la defensa de la dignidad y la libertad humana, combatieron el ascetismo religioso y reivindicaron el derecho del hombre al placer y a la satisfacción de sus necesidades terrenas. Como bien apunta Yolanda Angulo:

Lo novedoso del pensamiento humanista [es que] contribuye a romper con la Edad Media, llevando a cabo desplazamientos en diversas áreas del saber, tales como el paso de la religión a la filosofía; de la disertación escolástica al diálogo y el ensayo; del latín vulgar al culto; del temor a la muerte al amor a la vida; de la contemplación intelectual de la belleza a la creciente aceptación de una estética cada vez más sensual; del caballero armado al individuo culto y sabio; del cielo a la tierra; de los textos sagrados a la filosofía griega y el arte y literatura romanas. (Angulo 2000, 85)

Hombres como Petrarca, Dante, Boccaccio, Leonardo da Vinci, Erasmo de Rotterdam, Bruno, Rabelais, Montaigne, Copérnico, Shakespeare, Maquiavelo y Francis Bacon, desempeñaron un papel importante en la formación de una nueva concepción no religiosa del mundo, pero siempre o casi siempre se encontraron a distancia de las clases populares y fueron hostiles las más de las veces a los movimientos revolucionarios de los oprimidos.

Al humanismo del Renacimiento siguió el de la Ilustración —Siglo XVIII— que proclamó consignas de libertad, igualdad y fraternidad, y defendió el derecho de los individuos a desarrollar sin obstáculos su “auténtica” naturaleza. El humanismo ilustrado fundamentó sus ideales en el derecho a la propiedad privada y el individualismo burgués.

En rigor, la defensa de la dignidad y libertad humanas que postuló el humanismo ilustrado se convirtió rápidamente en una defensa a ultranza del sistema de libre mercado y de la competencia, pues es ésta, en última instancia, la que garantiza -según él- las mejores condiciones de vida para el desarrollo del hombre.

Pero pronto los razonamientos del humanismo burgués se vieron fuertemente impugnados por las denuncias de opresión, miseria y explotación a la que son sometidos los hombres dentro del sistema capitalista. Desde diferentes ámbitos y

distintas corrientes se ha denunciado la pérdida total de dignidad y el carácter esencialmente antihumano que priva en el mundo burgués. La necesidad de emancipar al hombre de tal servidumbre y devolverle su verdadera naturaleza no se hizo esperar.

Desde Moro y Campanella, pasando por los socialistas utópicos hasta llegar a Marx, los partidarios de las clases oprimidas han denunciado el carácter antihumanístico —en tanto que niega la esencia del hombre— de la sociedad capitalista, han criticado sus vicios, han exigido la igualdad de bienes y la abolición de la propiedad privada, y han terminado también por proclamarse como los “auténticos” humanistas. Baste con leer al Marx de los *Manuscritos de 1844* y su denuncia de la alienación capitalista para ver hasta qué punto están presentes los viejos temas del humanismo.

Hoy la palabra humanismo ha adquirido una nueva connotación que surge en un nuevo contexto histórico: el de los altos procesos de cientifización, tecnologización y performatividad que exige nuestra sociedad, la cual nuevamente desde una perspectiva moral, se le califica de deshumanizada. La reacción no se ha hecho esperar. Los críticos de la cientifización y tecnologización del mundo contemporáneo se han lanzado por enésima ocasión a la reivindicación de la «persona humana».

Como se puede observar, históricamente podemos constatar un uso y un abuso del término humanismo. En efecto, este término no sólo ha tenido múltiples acepciones, sino que ha cumplido diversas funciones y servido a los más antagónicos e irreconciliables intereses. Pero, pese a las claras y marcadas diferencias que existe entre un humanismo y otro, no obstante, comparten ciertos rasgos en común: todos ponen al hombre como fundamento y objeto de su reflexión; todos parten de un supuesto hombre “universal” poseedor de una supuesta “naturaleza” humana -en este sentido no existe humanismo sino como despliegue de una metafísica; asimismo, todos profesan respeto a la dignidad y los derechos humanos y, por último, todos se preocupan a su manera por el bienestar de los hombres, por su desarrollo multilateral y por crear condiciones de vida social favorables a su existencia.

Es por esto que, tal y como advierte Eugenio Imaz, las humanidades tienen que ver con la humanidad y ésta con el amor a los hombres. En sentido estricto *humanitas* es sinónimo de filantropía y humanista es el que florece en el estudio

y amor a los hombres. Se sobreentiende por qué ponerse el vestido de humanista siempre ha dado prestigio tanto moral como intelectual a quien lo pregona.

Históricamente católicos y protestantes, ateos y reformistas penales, burgueses y socialistas, marxistas y existencialistas se han concebido como humanistas, como los únicos y auténticos defensores de la dignidad humana y los derechos del hombre.

Aunque, ciertamente, lo que se ha entendido por dignidad y derechos del hombre no sólo ha sido distinto, sino las más de las veces antagónico. Así, mientras que el humanismo burgués piensa que defendiendo el derecho sagrado e inviolable de la propiedad privada y el libre mercado defiende la libertad y dignidad humana, el socialismo con rostro humanista, por el contrario, considera que aquéllas sólo se alcanzan en una sociedad en la que la propiedad privada y la enajenación económica quedan superadas.

Es evidente que al menos estas dos concepciones de humanismo no entienden de igual manera la dignidad, la libertad y los derechos humanos. El humanismo se ha convertido, pues, en el saco en el que tienen cabida todas las posturas, todas las corrientes, todos los intereses; es el parapeto tras el cual se puede refugiarse incluso el pensamiento más reaccionario; el espacio bajo el cual se pueden asentar las alianzas más monstruosas e impensables; el ámbito bajo el cual pueden quedar bajo el mismo abrigo pensadores tan opuestos como Maquiavelo y Mounier, Sartre y Teilhard de Chardin.

Frente al carácter fundamentalista, abstracto y metafísico de humanismo reaccionó fuertemente el antihumanismo teórico en la década de los sesenta. Momento de escándalo y confusión. El sólo término de antihumanismo produjo espanto y horror e hizo que algunos lo descalificaran de entrada intelectual y moralmente, ya que, después de todo, resulta inconcebible que alguien se atreva a hablar mal del hombre.

En general, lo que los antihumanistas han pretendido es depurar la reflexión filosófica de todo contenido abstracto y metafísico. No es al hombre universal; no es la sustancia, la esencia, la naturaleza la que buscan aprehender; por el contrario, es el hombre concreto, histórico, resultado y efecto de ciertos juegos de saber y poder específicos del que buscan dar cuenta.

En particular, es el humanismo ilustrado el que se convierte en blanco de todas sus críticas. Pronto el antihumanismo se transformó en una denuncia de lo que se ocultaba por debajo del rostro filantrópico del humanismo burgués: una

nueva economía de los mecanismos de poder. Y cuando denuncian una nueva economía de los mecanismos de poder hay que entender: un conjunto de procedimientos y, al mismo tiempo, de análisis, que permiten aumentar los efectos de poder, disminuir el costo del ejercicio de éste e integrarlo a los mecanismos de producción. Ya se ve: mientras que los filántropos de la ilustración, los supuestos amantes del hombre, hablaban acerca de la libertad y dignidad humana, inventaban, a la par, una nueva tecnología de poder, de la que las disciplinas constituyen la pieza esencial.

Una última consideración, no deberíamos dejarnos engañar por el discurso antihumanista de los postmodernos, más bien tratemos de ver qué humanismo rechazan, porque en su obra podemos encontrar una angustia y preocupación por el hombre actual, por el poder de las instituciones y de la sociedad, por la cultura y el saber, por la moral y la sexualidad que nos definen y, finalmente, por el pequeño demonio que llevamos dentro, y que vigila nuestra conducta y nuestros pensamientos.

Hay que ver que un destino indeleble recae sobre el hombre: por todas partes se pregona su muerte. La conciencia ha entrado en la sombra y en su lugar centellea el lenguaje. El lenguaje sustituye al hombre como objeto de conocimiento. La tarea filosófica se convierte en una reflexión radical sobre el lenguaje. Interpretar y formalizar constituyen las dos grandes formas de análisis de nuestra época. Embrujo del lenguaje. Hechizo del discurso. Ausencia del hombre. Absorción en los signos. Vértigo ante la palabra. En aquél que tiene el discurso y, más profundamente, la palabra, se reúne todo el lenguaje. ¿Quién habla?, a la pregunta nietzscheana de quién habla responde Mallarmé y no deja retomar su respuesta al decir que quien habla, en su soledad, en su frágil vibración, en su nada, es la palabra misma.